

por vos y por vuestra Orden desde su institucion. Vos no ignorais, y todo el mundo lo sabe, que hos he dado pruebas de adhesion más que á ninguna otra sociedad religiosa, y si la satisfaccion que yo experimenté al ver á vuestros súbditos y su reputacion extenderse por todas partes, ha sido la más viva y sincera, lo que no puede causar sorpresa; ¿quién podría rehusar los sentimientos de alegría y de admiracion, al veros marchar á un doble combate, en donde sabeis confundir los poderes invisibles por las disposiciones del corazon, y desafiar á los enemigos corporales por la fuerza de las armas? Allí vosotros reunís todo lo que puede contribuir á la perfeccion del solitario, aquí vosotros añadís aún las obligaciones comunes de los otros religiosos; á la verdad éstos combaten bajo el estandarte de la cruz, sujetando sus cuerpos á la esclavitud, pero tienen esta ventaja de estar al abrigo del peligro y del tumulto de las armas; más vosotros no contentos de haber vencido al fuerte armado por la práctica de la mortificacion, os hallais aún en estado de hacer frente á las fuerzas que él opone á los miembros de Jesucristo. Vosotros no sois menos guerreros famosos por la grandeza de vuestras empresas, que religiosos interiores por la oracion y uncion de la gracia, expuestos sin cesar por la salvacion de vuestros hermanos; vosotros participais más que otros de esta admirable caridad, de la cual el Salvador ha dicho que no podia llevarse más allá, ni á un grado más alto que el de sacrificarse por sus amigos. Hé aquí el porqué yo os he amado tanto hasta el presente, y no cesaré de teneros dentro de mi corazon hasta el fin de mis días. ¿Podré lisonjearme que, con amigo de confianza, vos tendréis alguna consideracion á mi sinceridad? Si, yo cuento con vuestro carácter bondadoso, y espero que vos accederéis á mis justos deseos.»

Después de todas estas demostraciones de adhesion, el santo abad explica al Gran Maestre como la vuelta del señor Humberto de Beaujeu, habiendo llenado al pueblo de júbilo y de inexplicable alegría, todos le han demostrado reconocerle por su libertador, pero que no han faltado algunos como los raptos de los bienes ajenos, los depredadores de las iglesias, aquellos que oprimen á la viuda y al huérfano, quienes han quedado sorprendidos y confusos con la llegada de aquel, del cual temen la probidad, y que iba á reprimir sus fechorías. En efecto, apenas Humberto ha parecido, cuando el vizconde de Mahon, enemigo jurado de Cluni, y algunos otros señores de la comarca del Loire, se han visto obligados á reprimirse. La tierra de Cluni, más expuesta que otra á las persecuciones de estos tiranuelos, no podia prescindir de su señor, y no temía nada más que su ausencia; por cuyo motivo Pedro el Venerable hizo cuanto pudo para interesarse en favor de Humberto, y continua diciendo á Everardo:

«Si vos tuviereis alguna inquietud respecto á su permanencia en el

Beaujolais, yo os suplico, como amigo, de disponerla. Humberto es un señor bondadoso y discreto, al cual podeis sin peligro abandonarle á su conciencia. Vos ganaréis más con él por medio de la dulzura y la paciencia, que por medio de la autoridad. Yo conozco su natural; yo me he convencido conversando con él, que amaria más perderlo todo, antes que faltar á su voto. Concedédselo, pues, por algun tiempo, y no lo quiteis tan pronto de un país infortunado, el cual ha sufrido tanto durante su ausencia.

«Además ¿cuál es el fin de vuestro instituto, sino defender á la Iglesia y oponeros como un muro de acero contra sus enemigos? Me parece que oigo deciros, que es contra los paganos el haber tomado las armas y no contra los cristianos, y yo sostengo que un fiel que no conoce á Dios, debe ser menos el objeto de vuestro celo, que un cristiano que le confiesa y le deshonorra con sus acciones. ¿Cuál de los dos es más culpable, un blasfemo ignorante á un cristiano perseguidor? Por otra parte, ¿no es perseguir á la Iglesia el poner la mano sobre sus miembros, robarles, golpearles y sentenciarlos á muerte sin distincion de rango y dignidad? Sí, yo lo repito, un cristiano que sufre la violencia de parte de sus hermanos, es más digno de compasion, que aquel que está en peligro de caer entre las manos de los musulmanes.

«Por favor acceded á nuestras instancias, y dejadnos disfrutar en paz de aquel que sólo nos puede proporcionar consuelo (1).»

El Gran Maestre Everardo, lejos de dejarse cautivar de tan bellas palabras, contestó al abad de Cluni, que el señor de Beaujeu, habiendo dejado su Orden y vestido otra vez de seglar, sin el permiso del Papa ni de sus superiores legítimos, y no habiendo enteramente cumplido su voto, necesitaba obtener la dispensa, si no queria ser inquietado.

El abad, que habia tomado á pecho este asunto, escribió al Papa una larga carta segun su costumbre, no omitiendo nada para atraer á su opinion á Eugenio III, á quien decia:

«Si él hubiera salido de alguna orden antigua, se podria obligarle á volver por censura eclesiástica; pero como no se trata sino de pasar de una milicia á otra, y de tomar contra malos cristianos la espada que habia empuñado contra los infieles, es á la Santa Sede á quien toca decidir si seria más á propósito tolerar su conducta, que vituperarla abiertamente; pero he ahí alguna cosa más. Si es verdad, como lo he sabido por muchas personas dignas de fe, que él hizo voto sin el consentimiento de su esposa, ¿no es, pues, de esta prudencia que preside á todas vuestras decisiones, el examinar si estas primeras obligaciones son más fuertes que las segundas, y si dos esposos, que no son más que una misma carne, pueden separarse de manera que el uno se vaya al claustro y el otro se quede

(1) Bibliot. Cluniacense, pág. 921.

en el mundo, que el uno viva en la castidad y el otro expuesto á la incontinencia? Nadie puede asegurar positivamente que la esposa de Humberto haya pronunciado votos. Mas supongamos que los hubiera hecho; si esto no es sino por complacencia, por ligereza, por despecho ó solamente al exterior, ¿que podrá pensarse de esto? Para mí, sin pretender aconsejar á aquel al cual miro como mi maestro, me parece que si sus votos son válidos, es necesario obligar á uno y otro á vivir separadamente en religion, y que si después de haber examinado bien sus promesas resultan malas, que se reúnan dichos esposos, obligándoles á la vida conyugal (1).»

El Papa en vista de estas razones se ocupó seriamente en el asunto, y resolvió que el Sr. de Beaujeu se reuniese con su esposa Elisa, dispensándole el voto, pero con la condicion de hacer algunas fundaciones. En su consecuencia, Humberto fundó la abadía de Belleville sobre el Saona de la órden de san Agustin, en 1159, y al morir Elisa tomó el hábito de la religion en Cluni, en donde murió en 1174 (2).

En cuanto á Everardo Gran Maestre del Temple, sus lazos con san Bernardo (3) y con los religiosos de Claraval y de Cluni le inspiraron tal ardor por la soledad, que concibió el designio de renunciar el maestrazgo. El funesto resultado de la segunda cruzada, que habia envalentonado á los infieles, contribuyó no poco en afirmarle mas en su resolucion. Supo con dolor que Noradino, nuevo sultan Alepo, aprovechándose de la vuelta de los francos y alemanes, habia entrado en el principado de Antioquía con un poderoso ejército, y habia derrotado y muerto al príncipe Raimundo, y que desde entonces los asuntos de aquel territorio empezaron á decaer rápidamente.

Hé aquí lo que decia el senescal ó tesorero del Temple en una carta que remitió al Gran Maestre en 1150:

«Desde que nos vemos privados de vuestra querida presencia, hemos tenido la desgracia de perder en un combate al príncipe de Antioquía, con toda su nobleza. A este accidente ha seguido un segundo; los partos acaban de hacer una invasion dentro el país de Antioquía, sin que nadie se haya atrevido á resistirles. Ellos han fortificado plazas y puestas guarniciones, y parece no las dejarán de mucho tiempo, si Dios no pone la mano. A la primera noticia de este desastre, nos hemos reunido de concierto con el rey de Jerusalem, y resuelto ir al socorro de esta desolada provincia. No ha sido posible para esta expedicion suministrar más que 120 caballeros y unos 1,000 entre sirvientes y soldados de sueldo, y aun ha sido preciso hacer un empréstito para su armamento y equipo, de 7,000 *besans* en Acre y 1,000 en Jerusalem.

(1) Pedro el Venerable, carta 27, Bibl. Cluni, pag. 927.

(2) Genealog. Hist. de Borgoña pag. 434.

(3) S. Bernard., carta 389, edicion Mabillon.

«Vuestra Paternidad sabe en qué condiciones hemos consentido en su salida; ella conoce la necesidad extrema en que nos hallamos de dinero, de caballeros y sirvientes. Nos le suplicamos con instancia que se venga lo más pronto posible, con los fondos necesarios á la Iglesia oriental, nuestra madre comun.

«Apenas llegamos á las cercanías de Antioquía, el sultan de Alepo por un lado, y los partos por otro, habiéndonos embestido y encerrado dentro de la ciudad, devastaron impunemente nuestras viñas y cosechas.

«Penetrados y sumidos en el más vivo dolor á la vista de un estado tan lastimoso al cual nos vemos reducidos, os conjuramos de dejarlo todo para embarcaros sin dilacion. Jamás vuestra presencia fué tan necesaria á vuestros hermanos; ninguna otra coyuntura puede ser más agradable á Dios para vuestra venida. De cualquier manera que la Providencia disponga de nosotros, no dejéis de ponerlos en camino. Sabemos que es tan fácil á Dios librarnos del poder de nuestros enemigos, como hacer de un idólatra un adorador del verdadero Dios; por lo mismo ponemos toda nuestra confianza en Aquel que nos ha lavado con su sangre.

«Si los hermanos que os enviamos son pocos, no os sorprenda; nosotros al contrario quisiéramos reunir y tener aquí bajo vuestras órdenes á todos aquellos de los nuestros que están á la otra parte de los mares. La mayor parte de los que habíamos conducido al socorro de Antioquía han muerto, y esta es una de las razones por las cuales no tememos molestarnos, conjurándoos una vez más á conducir con vos todos cuantos podais, caballeros y sirvientes, los más capaces de llevar las armas.

«Puede ser que con toda la diligencia y actividad que pongais, ya no nos hallaréis con vida. Usad, pues, de la celeridad posible, y por favor no os olvideis de las necesidades de nuestra casa. Ellas son tales, que no hallamos color para pintarlas, ni términos con que expresarlas.

«Es tambien de la primera importancia comunicar la próxima desolacion de la Tierra Santa al Papa, al rey de Francia, á los príncipes y á los eclesiásticos, á fin de empeñarles á socorrernos en persona, ó enviándonos subsidios. Cualesquiera obstáculos que se opongan á vuestra marcha, esperamos de vuestro celo que sabrá superarlos, pues ahora es la ocasion de realizar perfectamente nuestros votos, sacrificándonos por nuestros hermanos, para la defensa de la Iglesia oriental y del Santo Sepulcro.

«Por Dios, nuestros estimadísimos hermanos, á quienes los mismos lazos y los mismos votos deben hacer sensibles nuestras calamidades, reuníos á vuestro jefe, entrad en sus miras, secundad sus intenciones, es preciso vender todo lo que podais; venid á sacarnos del peligro; de vosotros esperamos la libertad y la vida (1).»

(1) Guillermo de Tiro, lib. 77 cap. 9.—Item, Spicilegii Dacheriani, tom. 2, pag. 511.

Llegó esta carta á Francia cuando todo estaba en movimiento á consecuencia del triste y desventurado resultado de los últimos socorros, y acerca de los medios de procurar de nuevos. No obstante, parece que hizo poca impresion dicha carta en el ánimo del Gran Maestre. Los Cistercienses contribuyeron á ello, ofendidos por ver á san Bernardo objeto de la murmuracion de una infinidad de malcontentos, y temiendo que de rechazo el Papa no le obligase á marchar á Oriente, por cuyo motivo dichos religiosos en vez de animar á los pueblos para ir al socorro de los orientales, trataron de disuadirles de tan loable objeto. Esto es una de las razones por las cuales Everardo no se rindió á las instancias de sus caballeros. Disgustado del mundo, y abrumado por las dificultades anexas á su ministerio, dimitió y abdicó el maestrazgo en manos de aquellos caballeros que habian sido comisionados para entregarle la carta que hemos copiado antes, no pudiéndole hacer cambiar de resolucion, y luego pidió á san Bernardo le admitiese entre sus discípulos. Claraval fué testigo durante más de veinte y cuatro años de la vida ejemplar de Everardo. Su caracter fué espíritu de penitencia y mortificacion, que, unido á una viva aprension de los juicios de Dios, le hizo abrazar con alegría los trabajos más penosos de la vida monástica que se practicaban en Claraval.

Everardo asistió en 1174 á la consagracion de la capilla de Montmorency, y entre los que están escritos en el acta de dicha dedicacion, se le da el nombre de monje de Claraval (1). Fué enterrado en esta abadía y se halla colocado al 25 de noviembre en el menologio del Cister, en el número de aquellos que han ilustrado la Orden por el esplendor de su santidad y religion (2).

(1) Hist. de la casa de Montmorency, pag. 113.

(2) Menologium Cister., pag. 382.—Item, Robert, Ruca et Cistercium bistercium, pag. 192.



## CAPITULO VII.

Fr. Bernardo de Tramelay, cuarto Gran Maestre.—Eleccion del Gran Maestre; cualidades del elegido.—Tentativa de los infieles para apoderarse de Jerusalem.—Las dos órdenes del Temple y Hospital defienden la santa ciudad.—Expedicion á Ascalon; su sitio; muere en la brecha el Gran Maestre; derrota de los sitiados; suspension de hostilidades; capitula la plaza.—Entrada triunfal del ejército cristiano; el Patriarca seguido de las dos Órdenes militares lleva el sagrado madero de la santa cruz del Salvador.—Muerte de san Bernardo protector de la Orden Templaria.—Donaciones.



UEGO que los caballeros enviados á Fr. Everardo de Bares llegaron á Palestina con el acta de abdicacion del maestrazgo, tuvo lugar la reunion del capítulo general para elegir un nuevo jefe de la Orden; y no fué elegido un tal Hugo Jofre, de quien hablan Baudoin (1) y el presidente Boissieu (2), por cuanto dicho Hugo vivió, como lo veremos, en 1252, sino que lo fué un caballero de la primera nobleza de Borgoña, del cual se hace mencion en una carta de 1135 (3), llamado Fr. Francisco Bernardo de Tramelay, nombre de un castillo de la baronía de Arinthoz. Bernardo era el tercer hijo de Humberto señor de Tramelay. La eleccion de este maestrazgo se hizo en 1151.

El nuevo Gran Maestre, conocido por su experiencia y valor, parecia nacido para el gobierno, demostrando sus dotes de inteligencia y acierto

(1) Privileg. de los Hospital., pag. 10.

(2) Boissieu al fin de sus Misceláneas.

(3) Revista de las piezas para la hist. de Borgoña por Estéban Perard, pag. 109.